ME PREGUNTO QUÉ HA SIDO DE SALLY
RAY BRADBURY

ME PREGUNTO QUÉ HA SIDO DE SALLY RAY BRADBURY



Digitalizado por LIBROdot.com
http://www.librodot.com

ALGUIEN EMPEZÓ A TOCAR EL PIANO DE TECLAS AMARILLAS, OTRO comenzó a cantar y yo, el tercero, me enfrasqué en un mar de pensamientos. La letra de la canción estaba imbuida de un espíritu lento, dulce y triste.

Me pregunto qué ha sido de Sally,
Aquella amiga de otros tiempos

Comencé a tararearla, puesto que recordaba algo de la letra.

El Sol dejó de iluminar nuestro callejón
El día en que Sally partió.

-Yo conocí a una Sally -dije.

-No me diga -contestó el dueño del bar, sin mirarme.

-Sí. Fue mi primera novia. Como la letra de esa canción, me pregunto qué habrá sido de ella. ¿Dónde estará hoy? Lo único que uno puede desear es que sea feliz, que esté casada, tenga cinco hijos y un marido que no llegue tarde más de una vez por semana y que recuerde, o no, la fecha de su cumpleaños, como ella prefiera.

-¿Por qué no la busca? -preguntó el dueño del bar, que seguía sin mirarme, mientras lustraba una copa. Bebí lentamente.

Dondequiera que haya ido, Dondequiera que esté,
Si nadie la quiere ahora Entonces, la quiero yo.

La gente reunida alrededor del piano daba fin a la canción, mientras yo escuchaba, con los ojos cerrados.

Me pregunto qué ha sido de Sally, Aquella amiga de otros tiempos

El piano se interrumpió con una explosión de risas y voces calladas.

Apoyé el vaso vacío en el mostrador, abrí los ojos y lo contemplé por un instante.

-¿Sabes una cosa? -le dije al dueño del bar-. Acabas de darme una gran idea...

"¿Por dónde empiezo?", pensé en cuanto salí al encuentro de la lluvia y del viento frío de la calle, de la noche que se aproximaba, de los autos y los ómnibus que pasaban y del mundo que acababa de despertar con tanto ruido. "Mejor dicho, ¿empiezo o no?"

Se me habían ocurrido varias veces ideas semejantes; en realidad, se me ocurrían todo el tiempo. Los domingos, cuando dormía hasta pasado el mediodía, me despertaba con la sensación de que había oído que alguien lloraba y después encontraba lágrimas en mi rostro y me preguntaba qué año era y a veces tenía que levantarme y buscar un calendario para estar seguro. Durante esos domingos sentía que afuera de la casa había mucha neblina y me asaltaba la necesidad de abrir la puerta para asegurarme de que el Sol aún brillaba sobre el jardín. No podía controlar esas sensaciones. Las sentíacuando estaba semidormido, cuando el pasado me envolvía en un abrazo y la luz tenía un reflejo distinto. Una vez, en un domingo así, llamé al otro extremo de los Estados Unidos a un viejo compañero de colegio, Bob

Hartmann. Se alegró de oír mi voz, o al menos eso fue lo que dijo, y hablamos durante media hora. Fue una charla agradable, colmada de promesas. Pero nunca llegamos a encontrarnos, como habíamos acordado. Al año siguiente, cuando él vino de visita a la ciudad, yo ya estaba con otro ánimo. Pero así son las cosas. Cálidas y dulces en un momento dado y un segundo después, exactamente a la inversa.

Pero ahora, parado en la puerta del Bar de Mike, pasé revista a las actuales circunstancias con ayuda de los dedos: primero, mi esposa estaba lejos, visitando su pueblo natal; segundo, hoy era viernes y tenía todo el fin de semana por delante; tercero, recordaba muy bien a Sally, aunque fuese el único que lo hiciera; cuarto, de alguna manera quería saludarla y preguntarle cómo marchaban sus cosas; quinto, ¿por qué carajo no comenzaba la búsqueda de una vez por todas?

Y así fue cómo me puse en marcha.

Busqué en la guía telefónica y repasé todas las listas. Sally Ames. Ames, Ames. Revisé todos los nombres, uno por uno. Claro. Estaba casada. Eso era lo malo de las mujeres: una vez que se casan, adoptan alias, se desvanecen en los confines de la Tierra y se pierden para siempre sin dejar rastros.

Entonces pensé en contactar a sus padres.

No figuraban en guía. O se mudaron o murieron.

¿Y sus amigos que alguna vez habían sido también amigos míos? Joan no sé cuánto. Bob no me acuerdo. Pasé las páginas una y otra vez hasta que recordé a alguien llamado Tom Welles.

Encontré a Tom en la guía y lo llamé.

-¿Es verdad? ¿Eres tú, Charlie? No puedo creerlo. Ven a verme. ¿Qué hay de nuevo, viejo? Increíble. Hace años que no nos vemos. ¿Por qué...?

Le expliqué por qué lo llamaba.

-¿Sally? Hace años que no la veo. Supe que te está yendo muy bien en la vida, Charlie. Que ganas un sueldo de cinco cifras. Excelente para un muchacho que se crió al otro lado de las vías.

En realidad, nunca hubo ninguna vía; sólo una línea invisible que nadie veía pero todos sentíamos.

-¿Cuándo podemos vernos, Charlie?

-Te llamo uno de estos días.

-Era muy dulce, Sally. Le hablé de ella a mi mujer. Qué ojos tenía. Y un color de pelo que no se logra con ninguna tintura. Y...

Mientras Tom hablaba sin parar, muchas cosas volvieron a mi mente. Por ejemplo, el modo en que ella escuchaba o hacía que escuchaba toda mí charla grandilocuente sobre el futuro. De pronto tuve la sensación de que ella nunca habló, que yo nunca se lo permití. Con el sublime y estúpido egocentrismo de todo joven, me dedicaba a llenar las noches y los días construyendo el mañana y derrumbándolo para volver a edificarlo ante ella. Al mirar hacia atrás, me sentí incómodo conmigo mismo. Y luego recordé cómo sus ojos se encendían y sus mejillas se arrebataban con cada una de mis palabras, como si todos mis discursos merecieran su tiempo, dedicación y esfuerzo. Pero a pesar de toda mi charla, no recordaba haberle dicho jamás que la quería. Tendría que haberlo dicho. Nunca la toqué, más allá de tomarle la mano, y jamás le di un beso siquiera. Eso me producía una profunda tristeza ahora. Pero había tenido miedo de que si cometía un error, como besarla, ella se disolvería como la nieve en una noche de verano y desaparecería para siempre. Durante un año salimos juntos y hablarnos, o mejor dicho yo hablaba y ella escuchaba. No recordaba por qué habíamos roto relaciones. De pronto, sin motivo alguno, ella se marchó casi al tiempo en que terminamos el colegio. Meneé la cabeza con los ojos cerrados.

-¿Recuerdas que quería ser cantante? Tenía una voz hermosa -dijo Tom.

-Sí. Lo recuerdo todo. Hasta pronto.

-Espera un minuto... -dijo la voz, pero el auricular del otro lado interrumpió la comunicación.

Regresé al antiguo barrio y caminé por sus alrededores. Entré en los almacenes a preguntar. Me crucé con algunas personas que había conocido pero que no me recordaban. Por fin supe algo de ella. Efectivamente, se había casado. No, no sabían exactamente la dirección. Sí, su apellido de casada era Maretti. A unas cuadras por esa calle, o tal vez por la otra.

Busqué en la guía. Eso debería haberme alertado: no tenía teléfono.

Luego, preguntando en distintos almacenes de la zona, conseguí por fin la dirección de los Maretti. Vivían en el número 407, tercer departamento del cuarto piso, al fondo.

"¿Por qué diablos haces todo esto?", me preguntaba mientras subía la escalera y trepaba en la oscura luz que olía a comida rancia y a polvo. "¿Acaso quieres mostrarle qué bien que te ha ido?"

"No", me respondí. "Sólo quiero ver a Sally, a alguien que perteneció a mi pasado. Quiero decirle lo que debería haberle dicho años atrás, que a mi manera, en alguna época, la quise. Nunca se lo dije. Tenía miedo. En cambio, no tengo miedo ahora que ya no importa.

"Eres un reverendo tonto", me dije.

"Sí", respondí, "pero ¿acaso no somos todos un poco tontos?"

Tuve que parar a descansar en el tercer piso. De pronto, frente al espeso olor de comidas antiguas, al percibir la susurrante y cercana oscuridad de televisores encendidos a todo volumen y al grupo de niños distantes que lloraban, sentí el súbito impulso de irme de aquella casa antes de que fuera demasiado tarde.

"Pero has llegado hasta aquí. No puedes dar marcha atrás ahora. Vamos, adelante", me dije. "Falta sólo un piso."

Lentamente subí los últimos escalones y me detuve frente a una puerta despintada. Detrás, se oía el movimiento de unas personas y la conversación de unos niños. Vacilé. "¿Qué le diría? Hola, Sally, ¿te acuerdas de los viejos tiempos cuan

do salíamos a andar en bote por el parque y los árboles estaban verdes y tú eras tan esbelta como una brizna de césped? ¿Recuerdas cuando... ?" Pues bien, aquí vamos.

Levanté la mano y llamé a la puerta.

La abrió una mujer: era unos diez años mayor que yo, tal vez quince. Llevaba puesto un vestido de dos dólares que no le quedaba bien y tenía el pelo cubierto casi por completo de canas. La grasa se le acumulaba en los sitios más inapropiados de su cuerpo y unas líneas le surcaban las comisuras de sus labios fatigados. Estuve a punto de decir que me había equivocado de departamento, puesto que estaba buscando a Sally Maretti. Sin embargo, no dije nada. Sally era unos cinco años menor que yo. Pero esa mujer, que se asomaba por la puerta en la penumbra, era ella. A sus espaldas se alcanzaba a ver una habitación bañada por una luz mortecina, un piso de linóleo, una mesa y un par de muebles viejos de color marrón atestados de objetos varios.

Nos quedamos mirándonos desde la distancia de los veinticinco años transcurridos. ¿Qué podía decir? "Hola, Sally, estoy de vuelta. Ahora soy un hombre próspero, vivo en la otra zona de la ciudad, tengo un buen auto, una buena casa, estoy casado, con hijos que han egresado del colegio, soy el presidente de una empresa, ¿por qué no te casaste conmigo? Entonces, no estarías viviendo aquí." Vi cómo sus ojos se clavaron en mi anillo masónico, en el escudo de mi solapa, en la prolija costura del flamante sombrero que llevaba en la mano, en mis guantes, en mis zapatos bien lustrados, en mi bronceado de las playas de la Florida y en mi corbata Bronzini. Por último, sus ojos se posaron en mi rostro. Estaba esperando a que yo me decidiera por una u otra cosa. Entonces, hice lo correcto.

-Disculpe. Vendo pólizas de seguros.

-Lo siento. No necesito por el momento-respondió. Mantuvo abierta la puerta por un momento, como si estuviese a punto de franquearse.

-Perdóneme por haberla molestado.

-No hay problema.Miré por encima de su hombro. Me había equivocado.

No había cinco niños sino seis en la mesa del comedor junto

a su marido, un hombre moreno con el entrecejo fruncido

estampado como un rictus permanente sobre su frente.

-¡Cierra la puerta! ¡Hay mucha corriente de aire!

-Buenas noches -dije.

-Buenas noches -contestó ella.

Di un paso hacia atrás y ella cerró la puerta, sin dejar de mirarme.

Me volví para salir a la calle.

Acababa de bajar los últimos escalones de piedra marrón cuando oí una voz que me llamaba a mis espaldas. Era la voz de una mujer. Seguí caminando. La voz volvió a llamarme, aminoré la marcha pero no me di vuelta. Un instante más tarde, alguien me tomó del brazo. Sólo entonces me volví.

Era la mujer del departamento 407, con los ojos alterados y la boca jadeante, al borde de las lágrimas.

-Perdón -comenzó a decir, pero estuvo a punto de echarse atrás. Sin embargo, por fin se atrevió a continuar: - Lo que le voy a preguntar es un poco absurdo. Pero usted, por casualidad, no es... sé que no es posible... pero ¿usted no es Charlie McGraw?

Dudé mientras sus ojos escudriñaban mi rostro, en busca de algún rasgo familiar oculto entre tantos años transcurridos.

Mi silencio la hizo sentirse incómoda.

-No, realmente no pensé que pudiera ser...

-Lo siento, pero ¿quién era él?

-Ah. No sé -dijo, bajando la mirada y ahogando una risa-. Tal vez un novio que tuve hace muchos años. Le tomé la mano y la retuve por un momento.

-Ojalá lo hubiera sido. Habríamos tenido mucho de qué conversar.

-Demasiado, seguramente. -Una lágrima rodó por sus mejillas. Dio un paso hacia atrás. -Y bueno, no siempre se puede tenerlo todo.

-No -dije, liberando su mano con mucha suavidad.

Mi suavidad la impulsó a preguntármelo por última vez.

-¿Está seguro de que usted no es Charlie?

-Seguramente ese Charlie fue un gran hombre.

-El mejor -contestó ella.

-Bueno, hasta pronto -dije por fin.

-No. Adiós.

Dio media vuelta, corrió hacia las escaleras y subió los escalones con tanta prisa que casi se tropieza. Una vez en lo alto, giró con los ojos relucientes y alzó la mano para saludarme. Traté de no responder, pero mi mano lo hizo por mí.

Me quedé durante medio minuto como si hubiera echado raíces en la acera antes de reanudar la marcha. "Dios mío, logré arruinar todos los amores que tuve", pensé.

Llegué al bar justo cuando faltaba poco para que cerrara. El pianista, por alguna misteriosa razón, tal vez por no querer volver a su casa, aún estaba allí.

Después de dos vueltas de coñac y con un vaso de cerveza en la mano, le dije:

-Haz lo que quieras, pero no toques ese tema que dice "dondequiera que haya ido, dondequiera que esté, si nadie la quiere ahora, entonces la quiero yo..."

-¿Cuál era esa canción? -preguntó el pianista, con las manos en el teclado.

-Una acerca de una tal.... ¿cómo se llamaba?... Ah, sí. Sally.